

ANDRÉS SALCEDO FIDALGO

*Víctimas y trasegares: forjadores de ciudad en Colombia 2002-2005.*

Bogotá: Centro de Estudios Sociales (CES), Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, 2015. 292 páginas.

Esta obra enlaza los procesos recientes de desplazamiento forzoso con la larga historia de movilidades forzadas, despojo y usurpación de riqueza que ha signado la historia de Colombia. Amarra, a la vez, el auge del desplazamiento forzado con la erupción de violencia y muerte provocada por la inclemente querrela territorial que marcó el período de 1996 a 2004. El texto delinea los contornos de ese momento en el que los procesos económicos y políticos transnacionales, azuzados por el cariz antiterrorista de la guerra contra las drogas, la acentuación de la economía neoliberal y el resurgimiento del extractivismo se conjugaron con la ofensiva paramilitar, auspiciada por el Estado, dirigida a limpiar corredores estratégicos y áreas ricas en recursos de la influencia de las guerrillas. Indaga a la vez por las trazas espaciales de este proceso y mapea las lógicas de la “geografía bélica” (80). Precisamente, el libro muestra que los lugares más afectados por el conflicto armado y el desplazamiento fueron aquellos donde operó la reconquista territorial a manos de los paramilitares. Y argumenta, en consecuencia, que el desplazamiento forzoso fue una tecnología de poder orientada a introducir economías extractivas y agroindustriales en regiones disputadas al Estado con el fin

de incorporar, así, a las personas desplazadas a los márgenes de la nación.

Una de las contribuciones centrales de este trabajo es su mirada crítica a los discursos institucionales acerca de las *víctimas* del desplazamiento interno. Señala cómo esos discursos fueron modelados por “una política del dolor” auspiciada por redes globales de ayuda humanitaria que se volcaron al país. En esta política primó la caridad cristiana y la experiencia de las acciones desarrolladas ante las catástrofes naturales; en conjunción, definieron a las víctimas como pobres, traumatizadas, desvalidas y necesitadas de ayuda. De esta forma, las entidades estatales, religiosas y no gubernamentales buscaron en el período bajo estudio aliviar el trauma o la tragedia humanitaria, pero rehusaron el examen de las causas del desplazamiento, así como el reconocimiento de los derechos a la restitución y reparación (que solo se gestaron varios años después, como acompañantes del prematuro “posconflicto”). En íntima sintonía con esos discursos operó la ola de intervenciones psicosociales que durante el período bajo estudio se enfocó en las secuelas del trauma y en identificar el problema de las personas desplazadas como derivado de su somatización, en lugar de propiciar escenarios para reconocer los abusos de la guerra.

Desde una perspectiva crítica, informada por la investigación y la teoría antropológica reciente, el libro cuestiona la relación íntima, fuertemente naturalizada, entre lugar de origen e identidad, que en el caso de las personas y grupos familiares desplazados ha ignorado sus historias de persistente movilidad rural y urbana, pieza clave de cadenas de desplazamientos y despojos de larga duración. Tal asociación, a la vez, ha dotado a las víctimas con una suerte de minusvalía cultural y social, supuestamente derivada de carecer de lugar. En línea con lo anterior, el texto propone sustituir la idea de “el lugar de origen” por la de “el lugar de antes”.

Para cuestionar estas visiones, la investigación recurrió a la etnografía para analizar las experiencias, puntos de vista y acciones de las personas desplazadas. A partir de conversaciones, entrevistas y talleres, centró la atención en las palabras, metáforas y narrativas de hombres y mujeres de origen campesino, gente afro e indígenas, cuyos múltiples trasegares les han conducido a Bogotá, el más importante centro de recepción del desplazamiento forzoso.

En disidencia con los discursos humanitarios, Andrés Salcedo revela a las *víctimas*, como afectadas, sí, por el dolor, la pérdida y el exilio, pero a la vez como agentes activos en la reconstrucción de sus vidas y en la configuración actual de la ciudad. Examina, entonces, las maneras como se han incorporado en Bogotá a partir de experiencias anteriores de movilidad, mediante el apoyo de familiares y personas

conocidas ya instaladas en la urbe y ante todo, gracias a la disponibilidad de moverse, pues como afirmaba de manera diciente uno de los entrevistados: “La gente está encontrando la manera de salir, necesitan moverse, no pueden quedarse pasmados” (210). Sobresale la voluntad de hacer de todo, incluso si ello significaba transgredir el orden hegemónico de género, tal como le aseguraba al autor del libro una mujer del Huila: “Porque si me toca revolver mezclas, yo las revuelvo; si me toca pasar ladrillos, yo paso, porque yo he estado, como el cuento, yo he sido más macho pa’l trabajo material que pa’ cocinar” (213).

Entre esas estrategias, el autor destaca además la re-potencialización de los conocimientos y saberes adquiridos en otros contextos para ponerlos en operación en el medio urbano, desde hacer tamales a las medicinas y terapias alternativas, o las destrezas de liderazgo que les han permitido crear asociaciones para buscar beneficios comunes e incluir sus demandas en la agenda pública.

Por fortuna teórica, el libro se detiene también en las confluencias sociales, de género y etnicidad que han marcado los procesos de reconstrucción. La ciudad ha sido escenario y lugar de exclusión que les ha relegado a vivir en sus periferias más pobres y peligrosas, a los paga diarios del centro y a desempeñar trabajos precarios en la economía informal. A la vez, Bogotá ha sido motor de transformación y cambios porque ha ofrecido nuevas oportunidades para las mujeres, beneficios de reconoci-

miento multicultural para los integrantes de grupos étnicos y aun para la reinterpretación productiva de los persistentes estereotipos racistas.

En las narrativas e interpretaciones de las personas con quienes trabajó, el autor encontró reelaboración de sentidos, silencios y, al tiempo, claras percepciones de los procesos que afectaron de manera definitiva sus vidas. Idealizaban el “lugar de antes” como una especie de edén perdido súbitamente, espacio de abundancia y concordia. Pero no lo consideraban producto de un regalo divino, sino fruto del trabajo y esfuerzo y luchas de muchos años. Esta perspectiva les sirvió para legitimar su apuesta por el reconocimiento personal, social y legal. Según Andrés Salcedo, “la abundancia de relatos sobre el hermoso lugar de antes contrastaba con los silencios alrededor de los dolores, la rabia y el estado de conmoción provocados por la violencia y el terror” (145). Al tiempo, las personas desplazadas entendían que el despojo y la expulsión habían abierto el camino al monopolio de recursos y a los intereses extractivos.

Quisiera aventurar que esta obra es un excelente ejemplo del ejercicio y los beneficios de la antropología histórica. Da cuenta de una constelación de procesos y discursos que se forjaron durante un convulsionado período de nuestra historia reciente, cuyos rumbos han marcado, pero también se han transformado en el presente. Así, el libro historiza las dinámicas de desplazamiento interno en Colombia mientras las

contempla desde el juego de escalas locales y globales involucradas en el disparatado de agentes en disputa. Aborda y analiza críticamente los discursos oficiales acerca de las víctimas y los contrasta con los de las personas desplazadas, cuyas historias, procedencias y adscripciones étnicas, sociales y de género han sido muy diversas, pero que han compartido la experiencia de una intensa movilidad.

El trabajo toma distancia de las visiones de las víctimas del desplazamiento interno como desvalidas y, en cambio, ahonda y abunda en sus perspectivas, palabras y acciones. Muestra cómo y en qué circunstancias han logrado reiniciar sus vidas, sus proyectos económicos, sociales y culturales en la ciudad, superando condiciones difíciles y repotenciando sus saberes en un medio que, además de precariedad, también ofrece nuevos escenarios de reconocimiento de sus contribuciones a la vida urbana.

MARTA ZAMBRANO, PHD

*Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Colombia*